



Lucha y resistencia de la tribu kikapú*

RESEÑADO POR LUIS VÁZQUEZ LEÓN**

Leer el interesante libro de Elisabeth Mager Hois, *Lucha y resistencia de la tribu kikapú* –la autora ha hecho de su estudio algo más que un motivo etnográfico, resultando toda una especialista en el tema–,¹ me suscitó dos imágenes persistentes conforme lo recorría de principio a fin. Una me resulta difusa, sentimental diría yo, y se liga a los cientos de pinturas que durante la primera mitad del siglo XIX realizó George Catlin sobre todas esas tribus que en 1830 fueron desplazadas hacia el este del río Mississippi por la voraz expansión territorial de la nación norteamericana. Hoy, esas pinturas son el doloroso testimonio de un mundo desaparecido para siempre. Claro que esta asociación pictográfica no es casual, ya que una de las tribus desplazadas fue precisamente la kikapú; pero también reconozco que la conexión es subjetiva en un doble sentido, uno por las pinturas y otro por la mirada de Catlin. Y es que un crítico de arte hizo notar que a pesar de la empatía artística de Catlin para con sus motivos indios, la

suya no deja de ser una visión colonial que, aunque idealizadora, sigue ubicada dentro de la mirada del progreso que destruyó la vida tribal definitivamente (Muñoz Molina, 2005). Al decirlo, no puedo evitar preguntarme: ¿la antropología, que alguna vez se sacudió de su mirada colonial, es ajena a la percepción idealizadora a lo Catlin? Temo que no, y creo que por eso a los antropólogos nos encanta este artista, independientemente de la realidad histórica que plasme. Con ese mismo sentimiento romántico se ha construido una imagen del indio resistente e indómito –el indio hollywoodense, la versión actual de la invención de la sociedad primitiva por los abogados del siglo XIX (Kuper, 1996)–, tan cara a la identidad sonoreense para con los yaquis, como los kikapús a los coahuilenses. Sobre todo ahora que de jornaleros se han transformado en empresarios opulentos, no debe extrañar que antes los kikapús generaran tan escaso interés entre los estudiosos y que ahora haya por lo menos tres investigaciones en pro-

ceso para resaltar su lucha y resistencia, una de las cuales es la emprendida por Elisabeth Mager.

La segunda imagen que me asaltó durante la lectura del texto está mucho más cercana a la nación mexicana, aunque, ¡oh, extraña coincidencia!, está asimismo sometida al mundo globalizado que domina el mismo imperio que destruyó a estas tribus. Hace poco las televisiones nacionales mostraron de modo fugaz a un pelotón de soldados estadounidenses trayendo el cuerpo de un marine de origen mexicano muerto en Irak y que fue enterrado en su tierra natal en el estado de Guanajuato. La brevedad con que se transmitió esta imagen contrasta con la del convoy militar mexicano enviado en ayuda civil de los damnificados de Nueva Orleans y que es reiterada como “hecho histórico”. Queda evidenciado que en esta manipulación de imágenes y mensajes los ejércitos y los medios de comunicación masiva (*mass media*) parecen estar en sintonía, pues por alguna razón nunca dicha en los informativos, el pelotón que trajo el cuerpo del marine mexicano le rindió honores, cubriendo su féretro con la bandera de las estrellas y las franjas. Ya que así ha sido en otros casos análogos de indocumentados mexicanos que han ingresado a las fuerzas militares vecinas bajo la promesa de obtener la ciudadanía estadounidense, es probable que a sus familiares guanajuatenses ésta les haya sido otorgada en el mismo acto honorífico, no obstante el alto costo de perder a su pariente en la llamada Guerra al Terror. Así, se entiende mejor el chocante simbolismo de esa bandera en un

* Elisabeth Mager Hois, *Lucha y resistencia de la tribu kikapú*, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, UNAM, México, 2004.

** CIESAS de Occidente.

¹ La autora ya se ocupó del tópico en su tesis de licenciatura “El peligro de la descohesión de la tribu kikapú como efecto de las influencias culturales de Estados Unidos” (2003), y lo sigue haciendo en su tesis de doctorado “Los casinos en las tribus norteamericanas, economía y poder. El caso kikapú: Lucky Eagle”, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM (en preparación). La actual publicación pertenece a su tesis de maestría en Estudios México-Estados Unidos en la UNAM.

contexto tan lejano y a la vez tan cercano a la intervención militar en una nación árabe. Apréciase también que esas mismas televisoras nunca mencionaron que una cuota equivalente de sangre entrañable había suscitado una protesta ciudadana de parte de muchas madres americanas frente al rancho de Crawford en Texas, propiedad del presidente George Bush, suceso oscurecido en los medios por la desgracia de Louisiana. Con todo, el agudo contraste de ambos hechos parece decirnos que mientras los ciudadanos estadounidenses ya piden cuentas a los poderosos, los mexicanos prefieren dejarlo pasar porque anteponen su interés económico. Acaso la moraleja de este relato es que somos malos como mexicanos, pero pésimos como americanos. O más grave aún, ni mexicanos ni norteamericanos, como dicen de los kikapú en un texto anónimo citado por la autora.² Inclusive, y para confirmar que esta asociación de imágenes no es sólo mía, hay un pasaje en el libro de Mager Hois donde un par de jóvenes kikapús también hacen relucir la bandera americana durante un sepelio realizado en territorio mexicano (p. 228). Y como repite ella en varias ocasiones, sin sopesarlo demasiado, hay una poco oculta preferencia kikapú por Estados Unidos (pp. 167, 218 y 227).

Esta orientación nacional de los kikapús tiene su sentido, y es tan racional como la elección de americanización por parte de otros "compatriotas". Ocurre que la tribu kickapoo (como también se le conoce en México)³ sí ha elegido colectivamente una nacionalidad, la cual

no es la de una nación étnica independiente –la propiamente kikapú–, sino la estadounidense. Ello ocurrió desde 1983 –aunque hay indicios de una adherencia previa–, a raíz de una ley firmada por el entonces presidente Ronald Reagan, que al mismo tiempo que los hizo *native american citizens*, los reconvirtió a ciudadanos propietarios de tierras federales en la *Kickapoo Village* (les fueron vendidas como "tierras en confianza" o *trust land*), y, por último, los reconstituyó como *Kickapoo Traditional Tribe of Texas*, según las normas jurídicas y raciales (cuentan su pureza de sangre o *blood quantum*) aplicadas por el *Bureau of Indian Affairs*, la agencia del Departamento de Estado que rige la vida de los remanentes tribales desde los días de las primeras reservaciones indias. Mager Hois se refiere a todo esto a lo largo de su estudio (pp. 29, 159-163 y 292-295),⁴ pero le presta poca atención y sus lectores deseamos que abunde al respecto en su tesis de doctorado. A cambio, la autora se extiende sobre la historia y etnografía de la tribu, lo que no deja de ser ilustrativo para cualquier lector interesado. Pero ya que la decisión de americanizarse y la negociación que tuvo lugar en Washington entre las autoridades tribales y los funcionarios sólo son mencionadas de paso, es difícil informarse en extenso sobre ello, pues ha de recordarse que ser ciudadano de cualquier Estado-nación, además de ajustes culturales –la preocupación central de Mager Hois–, implica obligaciones y derechos. Al leer el texto, empero, uno se pregunta qué tenían de atractivo los kikapús para vol-

verlos estadounidenses de modo tan expedito y qué tienen de repente el resto de los mexicanos para perseguirlos hasta en pleno desierto como bestias de caza.

El descuido de la autora puede ser el consuelo de muchos, porque se está haciendo común la misma falta en los estudios étnicos de lo que se conoce como *cross-border indigenous nations*, y que se extienden desde California hasta Coahuila, e incluyen a los cucapa, yaqui, pápago y kikapú.⁵ El término *naciones indígenas transfronterizas* no se refiere, desde luego, al grueso de los jornaleros indígenas mexicanos que se emplean en las agroindustrias norteamericanas –estos seguirán siendo extranjeros y a lo más que pueden aspirar es a ser trabajadores invitados bajo contrato–, sino a aquellos grupos indígenas divididos por una frontera política entre dos naciones-Estado, en teoría ambas soberanas (hay dudas al respecto), pero que los ideólogos más reaccionarios de la derecha estadounidense suponen como una frontera política cada vez más difusa, una "especie de línea de puntos" –en palabras de Huntington–, y, por lo tanto, no sólo permeable a la migración y al narcotráfico hacia el norte sino también a la expansión hacia el sur, tal como ha sido desde 1848 y aun desde antes (cf. Huntington, 2004a y 2004b). Esta noción de frontera, y de frontera difusa y peligrosa, es la que está en el fondo de su militarización y posible alteración en un futuro próximo.

Cabe entonces preguntarnos con honestidad profesional si el método etnográfico usado por los antropólogos resulta ya inadecuado para

² El cual consultó en la Biblioteca Pública de Múzquiz, Coah., con el título *Reseña histórica: los Kickapoo, una tribu independiente. Ni mexicanos ni norteamericanos* (cit. en p. 257, infra).

³ Véase, por ejemplo, el clásico antropológico de Alfonso Fabila, *La tribu kikapoo de Coahuila* (2002).

⁴ Sobre los requisitos raciales de la legislación estadounidense, véase Canby (1998: 8-9).

⁵ Con variantes importantes en cada caso, hay que repasar los trabajos de Rodríguez Tomp (2005), Garduño (2004), De la Maza Cabrera (2003), Alvarado Solís (2002) y Hays (1996).



el análisis de este tipo de *naciones nativas transfronterizas*, ya que es muy obvia la tendencia en estos estudios a unificarlas como comunidades étnicas binacionales (llámense naciones, tribus, pueblos indígenas, etnias, etcétera), al tiempo que las fronteras políticas existentes se abstraen *como si no existieran*. Esta abstracción se consigue apelando a la vena romántica tan arraigada en los juicios y supuestos básicos de la antropología, y que es una expresión más de lo que el notable historiador de las ideas Isaiah Berlin (1996) caracterizó como “el regreso del Volkgeist”, el eterno retorno del “espíritu del pueblo”. Hay que asentar en seguida que, para la antropología, ese espíritu unificador de un grupo es su cultura, si bien Berlin indicaba al respecto de la cultura transnacional que “esto no sería la cultura, sino la muerte de la cultura”. Y agregó con profun-

do pesimismo: “Me da gusto estar viejo”. Hoy Berlin está muerto, pero muy vivo el transnacionalismo cultural. Pero ni los antropólogos ni los indígenas transnacionales que han participado en los tres encuentros indígenas fronterizos parecen demasiado preocupados por la autenticidad de su cultura. De hecho, su interés es otro, puesto que lo que ha aparecido en tales encuentros es la intención –por cierto nada cultural– de que se les dote a todos de “pasaportes indígenas”. El paradigma en esto –y se le citó en varias ocasiones durante los encuentros en Tecate y Hermosillo– son los kikapú, es decir, unos ciudadanos estadounidenses muy afortunados porque a pesar de su preferencia y fidelidad americanas, siguen sin perder sus “derechos mexicanos”, esto es, las siete mil hectáreas ejidales asignadas por Cárdenas en 1936, derecho al que no tenemos

acceso la mayoría de mexicanos, en especial los millones de campesinos pobres y jornaleros desde que se dio por terminada la reforma agraria en 1991.

A mi juicio y para este libro, Mager Hois desestima las propias declaraciones y comportamiento de los kikapú al respecto. “En comparación –le dice un kikapú muy hecho al *social welfare* en las reservas indias (Kramer, 1995)–, el gobierno mexicano no nos da nada cuando no tenemos trabajo, ni para los niños. Por eso prefiero Estados Unidos” (p. 167). La idea se repite una y otra vez de diversos modos; por ejemplo, enviando a los niños a la escuela de Rosita Valley en lugar de al vecino ejido Morelos, a pesar de la aculturación sufrida, y muy bien destacada por la especialista; haciendo servicio militar incluso durante las guerras americanas recientes; y, finalmente, en que hay más población kikapú viviendo en Texas que en Coahuila. Con todo, se persiste en la idea de que son la misma tribu, la misma etnia, la misma cultura y de que, en cualquier caso, poseen una doble nacionalidad o un estatus binacional, ¡todo un grupo posmoderno! Pero tan poderosa es esta preconcepción –de seguro estimulada por la ratificación de la Convención 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT)⁶ que los mismos funcionarios del anterior Instituto Nacional Indigenista (INI) y ahora de la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) se manejan por ella, y no vacilan en ponerse a su servicio cuando se trata de derechos de caza o de portación de armas. Una ex funcionaria indigenista me contó en privado

⁶ En el mensaje del director general de la OIT del 9 de agosto de 2005, en ocasión del Día Internacional de los Pueblos Indígenas, Juan Somavía reconoció que la ratificación de la Convención 169 “había sido pobre” en el mundo, pero que de todas formas servía de marco referencial a políticas sociales y a las intervenciones de las agencias internacionales de desarrollo. Tal parece que el gobierno de México está más preocupado por su reconocimiento internacional que por las violaciones a la soberanía nacional, no se diga aquellas a los derechos humanos de los indocumentados en Estados Unidos.

que también les gestionan la recolección de peyote. No son mexicanos, es cierto, pero sí son un “pueblo indígena autónomo”, “una nación dentro de una nación”, “una comunidad binacional”, “sin una frontera internacional para ellos” y demás juicios por el estilo.

En otras palabras, da la impresión de que la antropología mexicana está reproduciendo la ideología imperial que otra vez desea desdibujar la frontera con México para seguirse expandiendo hacia el sur; o mejor dicho, minas adentro. El caso de los pápago-Tohono O’odham Nation (TON) es significativo al respecto. Al igual que los kickapoo americanos, quienes sostienen que el extenso ejido de El Nacimiento es un sitio sagrado, aunque no sean originarios del lugar, los pápago americanos apuntan que sus tierras mexicanas son sagradas. Año con año vienen de Arizona a celebrar rituales en Quitovac, Sonora, por lo cual los antropólogos decimos que son la misma etnia. Entonces, los pápago americanos y sus abogados imponen leyes estadounidenses en México, como el caso de la Native American Graves Protection and Repatriation Act (NAGPRA) a raíz de un diferendo patrimonial con el Instituto Nacional de Antropología e Historia y del que salieron victoriosos con ayuda del INI.⁷ Mucho menos conocido es que junto al lugar sagrado motivo de peregrinación, hay una apetitosa mina a cielo abierto pero de capital canadiense. Si en Arizona la TON posee casinos y amplias concesiones al ejército y fuerza aérea estadounidenses que la hacen ser una de las reservaciones más opulentas, no es nada anormal incluir a esa mina entre sus posesiones. Basta con borrar todo rastro de la so-

beranía mexicana, desdibujar la frontera y reclamar los derechos sobre la explotación minera, pero eso sí, de una nación india dependiente de una nación imperial. Me pregunto entonces, ¿habrá que esperar a que los empresarios étnicos de la tribu tradicional kickapoo de Texas descubran un atractivo similar en sus tierras mexicanas, situadas junto a yacimientos minerales? ¿O que el resto de las *cross-border indigenous nations* fijen una nueva frontera mirando hacia Washington?

La lectura y análisis de *Lucha y resistencia de la tribu kikapú* provocan otra reflexión adicional al asunto de las soberanías débiles y poderosas: lo que se conoce como *ciudadanía étnica o cultural* dentro de la corriente del multiculturalismo mexicano. El concepto ha sido aplicado al conflicto religioso en la Nación Wixarika –el nuevo título del pueblo indígena huichol de Jalisco–, y se trata de una ampliación de la ciudadanía social postulada en 1950 por T. H. Marshall (cf. Marshall y Bottomore, 1998; de la Peña, 2002). A pesar de sus bondades teóricas, la pugna entre católicos y evangelistas continúa en Santa Catarina Cuexcomatitlán, y ya se equipara al Chamula chiapaneco; se percibe también que la noción de ciudadanía cultural es entendida no como tolerancia a la diferencia, sino como exclusión de unos y otros. Un ejemplo más en proceso de estudio es el de los mayas kanjobales refugiados en Chiapas desde hace dos décadas, a raíz de su persecución como base de la guerrilla. Desde su llegada, estos indígenas decidieron quedarse en México y optar por la nacionalidad mexicana. Sin embargo, sus cartas de naturalización han llegado a cuentagotas recientemente

te, y sólo en el caso de un poblado han logrado constituirse en ejido; el resto ha optado por la aventura de cruzar la frontera norte como indocumentados, y ya retornó el primer kanjobal muerto en Irak.⁸ Hecho conmovedor, pero para ellos no existe la doble nacionalidad como entre los kikapús. Lo que estos trabajos muestran es que conseguir la ciudadanía sin adjetivos depende del papel atribuido por las sociedades receptoras a grupos de población antes clasificados como pueblos indígenas adecuados o inadecuados, por su desempeño asignado en la jerarquía étnico-racial preexistente y por la capacidad de gestión étnica desplegada por su liderazgo en correspondencia con las condiciones clasistas estructurantes. Desde luego, estos signos se aprecian con mayor claridad en las regiones fronterizas del sur y del norte, donde están en juego las ciudadanías nacionales y étnicas, en vez de las religiosas (cf. Villa, 2004; y Ruiz Torres, 2000).

Más allá de nuestras particulares concepciones e interpretaciones, hay una terrible ironía histórica encerrada en este trasnacionalismo que utiliza a los indígenas americanos para sus fines. Me refiero a que el mismo poder que los eliminó físicamente es también el poder estructural que ahora los impulsa a redescubrir sus “raíces mexicanas”, sin que la elección signifique renunciar a su fidelidad primera, la americana. Ya el historiador Gastón García Cantú, en un libro hoy olvidado, *Las invasiones norteamericanas en México* (1974), demostró con fuentes documentales que las “incursiones bárbaras” al norte del país fueron durante el siglo XIX la avanzada de la futura expansión militar estadounidense. ¿La historia

⁷ El caso lo abordó en Vázquez León (2004).

⁸ Verónica Ruiz Lagier, comunicación personal.

se repite una vez más? Antes debo decir que, en el caso kikapú, la ironía es además decepcionante. México fue la nación que les dio tierra y acogida como el pueblo perseguido que eran en su larga diáspora desde los Grandes Lagos. Después, en su segunda diáspora como jornaleros migrantes, de todos modos les siguió dando cobijo en las épocas de desempleo agroindustrial. Pero ahora como empresarios étnicos estadounidenses han preferido olvidarse de los agravios del pasado, de las tierras boscosas originarias y de su fidelidad para con la sociedad receptora mexicana. Y todo en nombre del regreso del espíritu del pueblo indígena en la era global de las identidades divergentes.

Bibliografía

- ALVARADO SOLÍS, NEYRA
2002 "Los pápagos (tohono o'odham) entre dos naciones: un estudio comparativo sobre sus transformaciones culturales en el marco de las relaciones antiguas entre las culturas de lo que hoy es México y Estados Unidos", ponencia en el Coloquio sobre Transnacionalismo.
- BERLIN, ISAIAH
1996 "El regreso del Volkgeist: nacionalismo, bueno y malo", en Nathan P. Gardels (ed.), *Fin de siglo. Grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo*, McGraw-Hill, pp. 86-100.
- CANBY, WILLIAM
1998 *American Indian Law in a Nutshell*, West Publishing.
- FABILA, ALFONSO
2002 *La tribu kikapoo de Coahuila*, Instituto Nacional Indigenista.
- GARCÍA CANTÚ, GASTÓN
1974 *Las invasiones norteamericanas en México*, Ediciones Era.
- GARDUÑO, EVERARDO
2004 "Cuatro ciclos de resistencia indígena en la frontera México-Estados Unidos", en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, núm. 77, pp. 41-60.
- HAYS, RACHEL
1996 "Cross-Border Indigeneous Nations: A History", en *Border Lines*, vol. 4, núm. 1, pp. 1-4.
- HUNTINGTON, SAMUEL P.
2004a "El desafío hispano", en *Letras Libres*, núm. 64, pp. 12-20.
2004b *¿Quiénes somos?: los desafíos de la identidad estadounidense*, Paidós.
- KRAMER, JOYCE M.
1995 "Social welfare of the indigenous peoples within the United States of America", en John Dixon y Robert Scheurell (eds.), *Social welfare with indigenous peoples*, Routledge, pp. 54-96.
- KUPER, ADAM
1996 *The Invention of Primitive Society. Transformations of an Illusion*, Routledge.
- MAGER HOIS, ELISABETH
2003 "El peligro de la descohesión de la tribu kikapú como efecto de las influencias culturales de Estados Unidos", tesis de licenciatura, Especialidad en Antropología Social, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- MARSHALL, T. H. Y TOM BOTTOMORE
1998 *Ciudadanía y clase social*, Alianza Editorial.
- MAZA CABRERA, FRANCISCA DE LA
2003 "El sistema político yaqui contemporáneo: un análisis del gobierno, los conflictos y su relación con el Estado mexicano en pueblo yaqui de Pótam, Sonora, tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS).
- MUÑOZ MOLINA, ANTONIO
2005 "Imágenes de un mundo perdido. Paseo por el Museo del Indio Americano de Nueva York", en *El País*, 20 de agosto, pp. 25-26 [también disponible en www.elpais.es].
- PEÑA, GUILLERMO DE LA
2002 "Social Citizenship, Ethnic Minority Demands, Human Rights and Neoliberal Paradoxes: A Case Study in Western Mexico", en Rachel Sieder (ed.), *Multiculturalism in Latin America. Indigenous Rights, Diversity and Democracy*, Palgrave Macmillan, Nueva York, pp. 129-156.
- RODRÍGUEZ TOMP, ROSA ELBA
2005 *Los límites de la identidad. Los grupos indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, tesis doctoral, CIESAS-Occidente.
- RUIZ TORRES, MIQUEL
2000 *Cuerpos nacionales, espacios del Estado. Nacionalismo, Estado y migración en la frontera sur de México, el caso de Ciudad Hidalgo, Suchiate, Chiapas*, tesis de maestría en Antropología Social, CIESAS-Sureste.
- VÁZQUEZ LEÓN, LUIS
2004 "La antropología social ante un nuevo mundo desafiante (a propósito del retorno de los monstruos)", en *Relaciones*, núm. 98, pp. 71-106.
- VILLA, PKMMABLO
2004 *Identificaciones de región, etnia y nación en la frontera entre México-EU*, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, Ciudad Juárez.